

realidad vivida. La más amplia base bíblica de la vida religiosa es su paralelismo con la función de los profetas en Israel, vista desde el llamado de Cristo al discipulado.

La obra no sólo sitúa la vocación religiosa en relación a la vocación cristiana, sino que constituye un estudio de ambas, por ello comienza tratando la vocación de todo cristiano a la santidad, siguiendo la estructura de los documentos conciliares. Define la identidad de la vida religiosa desde su función profética en orden a la misión de la Iglesia toda, en constante referencia a las otras vocaciones y al mundo. De esta manera armoniza los comparativos utilizados por el Concilio al hablar de la vida religiosa con la doctrina fundamental de la universal vocación a la santidad. Su lectura resulta accesible, pues no presenta excesivos tecnicismos bíblicos, dogmáticos y bibliográficos, los cuales se hallan recopilados en las notas al final del libro.— *Emilio Lavaniegos*.

J.M.R. Tillard, *L'évêque de Rome*. Cerf, Paris 1982, 240 pp.

*El Obispo de Roma. Estudio sobre el papado*. Sal Terrae, Santander 1986.

No es necesario acudir a siglos precedentes para descubrir que los católicos han hecho del papa más que un papa. Todavía hoy se *conservan* sentidos maximalizantes, derivados de una concepción de la Iglesia como sociedad-alter-ego a los usos y modos de la esfera civil. De ahí resulta la concepción de una Iglesia de estructura piramidal, donde el pensamiento y las decisiones vienen de arriba. El ultramontanismo juega un papel importante en el desarrollo que conduce a la «devoción del papa». Pensar que el Vaticano I no se corresponde con lo dicho en el Vaticano II respecto del primado, es un error, por cuanto el problema deriva de la interpretación que se ha hecho del primero desde una mentalidad que dominaba en la época. Nos dice Tillard que la recepción del Vaticano I por el Vaticano II representa una relectura del primero que constituye un caso ejemplar de «desarrollo dogmático».

Si es conveniente que el cristiano católico reoriente fundadamente, sin maximalismos o reduccionismos, el significado del primado del obispo de Roma, la importancia es aún mayor por cuanto el papa es el obstáculo más grave hacia la ruta del *ecumenismo*.

El diálogo entre las diferentes confesiones cristianas que se ha venido desarrollando en los últimos tiempos hace que el ambiente sea propicio para abordar la pregunta: ¿cómo reencontrar la comunión? ¿cómo reconstruir la unidad? En el camino de aceptar lo que nos une y no lo que nos separa, es obligado tener en cuenta:

- En el discurso epistolar entre Pablo VI y Atenágoras se consideran Iglesias hermanas la católica y la ortodoxa.
- Los reformadores no rechazaron todos los aspectos de la expresión papal de la función petrina. Ellos reprobaron los abusos. En los luteranos se asiste a una toma de conciencia de la necesidad de un ministerio específico para mantener la unidad de la Iglesia y su misión universal.
- Los anglicanos aceptan que sea la sede de Roma, en toda posible unión futura, quien ejerza el primado universal, una primacía en el sentido de la unidad (*koinonía*) de las Iglesias.

Este ambiente propicio requiere que la Iglesia católica se abra a un ejercicio más explícito de la *conciliaridad* buscando la consecución de la Iglesia una, querida por Jesús el Cristo y que, de una vez por todas desaparezca el triste ejemplo de la desunión, que en algunos momentos ha sido de absurdo enfrentamiento.

No podemos por menos que dar las gracias al profesor Tillard por esta magnífica obra que hace que al final de su lectura nos sintamos satisfechos y enriquecidos por su extraordinaria labor.— *Josema Castro-Cabero*.

A. Bandera, *Teología de la vida religiosa*. Atenas, Madrid 1985, 281 pp.

Dos partes constituyen esta obra: la *primera* está dedicada al estudio de los consejos evangélicos, considerados como un dato contenido en la enseñanza de Cristo mismo y no como una elaboración teológica (c. 1). Los consejos son propuestos en perspectiva teológica como consagración a

Dios (c. 2), constituyendo este concepto la base de la elaboración conceptual posterior. La perspectiva cristocéntrica de los consejos (c. 3) es presentada como una mayor exigencia de radicalismo para la vida religiosa basado en la alianza esponsal que encarna de manera especial el religioso. Posteriormente presenta los consejos en perspectiva eclesial (c. 4) aplicando el esquema clásico de la misión profética, sacerdotal y real a la vida religiosa. Para finalizar esta sección aparece una visión sintética de lo dicho (c. 5) que insiste en la consagración como esencia de la vida religiosa. La *segunda parte* pretende situar la vida religiosa en el conjunto de las vocaciones cristianas. Así, habla de la complementariedad de las vocaciones cristianas (c. 1) y sobre la desigualdad de las vocaciones (c. 2), concretando esta desigualdad: como superioridad subjetiva (c. 3), es decir, esta vocación es para mí vía de más fácil santificación y es por ende superior. Como superioridad objetiva (c. 4) de la vocación sacerdotal que nace de Cristo-sacerdote y de la religiosa que nace de Cristo pobre, casto y obediente. Aplica esta superioridad al sacerdocio y a la vida religiosa en sendos capítulos finales (5 y 6).

La obra da una gran importancia a la consagración religiosa en detrimento de su funcionalidad. Hace una abundante utilización de textos conciliares, pero da la impresión de que les hace decir algo más de lo que realmente afirman. La terminología utilizada, sobre todo en la segunda parte, resulta difícilmente conciliable con la doctrina conciliar sobre la vocación universal a la santidad. La obra está provista de referencias bibliográficas y de documentación amplia.— *Emilio Lavaniegos*.

J. de Sahagún Lucas, *La vida sacerdotal y religiosa: Antropología y existencia*. Atenas, Madrid 1986, 206 pp.

El presente libro trata de establecer los presupuestos antropológicos y los condicionamientos humanos y socioculturales de la vida sacerdotal y religiosa. Desde los hallazgos de la antropología filosófica actual, hace ver que la llamada de Dios no rebaja la talla del hombre ni entraña menoscabo alguno de su dignidad personal. Sobre la tesis, comúnmente admitida hoy por los antropólogos, de la constitución aperturista del hombre a la realidad global —mundo, hombre y Dios—, el autor llega a la conclusión de que el ser humano sólo puede cumplirse como persona si entra en comunión con estas realidades que considera valores para sí. Su razonamiento es coherente por completo. Si el hombre es persona abierta a la realidad, hay que convenir en que la suprema realidad, la realidad fundante —Dios—, es el ápice supremo del ser personal y, por consiguiente, en que el hombre no puede menos de ser un *llamado de Dios*. Esta primera relación ontológica, por la que el ser humano se vincula constitutivamente a un valor supremo, es base para otra comunicación, también constitutiva, por la que se abre a sus semejantes en calidad de valores que debe respetar y de bienes que tiene que promover.

En esta línea antropológica se inscribe precisamente la vocación sacerdotal y religiosa, cuyos puntos de polarización son Dios y el prójimo. Por lo menos así aparece en las fuentes de la revelación cristiana y así es reconocida también por la Iglesia en su historia. Caminos de demostración son la descripción fenomenológica de la vida consagrada, que permite ver su sentido genuino y su significación esencial; así como el estudio de su base antropológica y la enumeración de las obligaciones ineludibles que marcan la vida del consagrado y lo sitúan en un nivel distinto. Además de estas facetas el autor aborda otras no menos importantes, como las características de la sociedad actual y las exigencias más perentorias del hombre contemporáneo. Todo esto porque el principio de solidaridad obliga a sacerdotes y religiosos a responder al llamamiento que les dirigen un mundo en construcción, una Iglesia en trance de cambiar de lugar geográfico y una comunidad humana en grave necesidad.

Es un libro serio y equilibrado que armoniza perfectamente la profundidad del tema y la forma expositiva inteligible y ágil. Tiene mucho de enunciado de principios, de descripción fenomenológica, de justificación racional de una vida —la consagrada— asumida en perspectiva de trascendencia, así como de estudio de contexto sociocultural en el que ha de vivirse históricamente. De ahí su acertado título *Vida sacerdotal y religiosa: Antropología y existencia*. Y todo ello pasado por la criba del buen sentido que el autor viene demostrando en su ya bien nutrida y larga serie